

INAUGURACION BIENAL DE DISEÑO.

MUSEO DE BELLAS ARTES.

Octubre 13 de 1994.

Una exposición de diseño tiene un valor singular en el Chile de hoy, porque nos invita a crear una manera de ser auténticos sin encerrarnos, de mirar lo más propio de nosotros mismos, y de pasarlo como una ofrenda deseable a todos los pueblos de la tierra. Aquí como en cualquier momento verdadero de la historia de la cultura, se conjugan el comercio y la audacia emprendedora con el descubrimiento y expresión de lo humano, con el misterioso atractivo que para el hombre ejerce la obra de sus propias manos.

El diseño de una cosa la libera en cierta medida de la servidumbre de su utilidad, y hace que se cargue de un valor expresivo, de una fuerza simbólica que transmite algo del alma de quien la concibió. El diseño es entonces una especie de lenguaje en el que reconocemos la fisonomía espiritual de un interlocutor que viene a acompañarnos en el simple uso del objeto.

Debe de haber algo muy entrañablemente humano en el diseño, cuando la sola inspección de una vasija, de un tejido, de un objeto de adorno de metal, de un yelmo o de un instrumento de labranza, nos hacen encontrarnos con alguna cultura ya extinguida, cuyos restos se esparcen desordenados en un yacimiento arqueológico y que mantienen sin embargo una misteriosa unidad que los abraza y que a nosotros nos alcanza traspasando los milenios. Enriquecer el valor instrumental de un objeto transformándolo en símbolo de toda una existencia humana concreta, de modo que en él se trasunte la trama compleja de relaciones que constituyen el mundo en que se da, es una acción creadora cuya realización es testimonio de la madurez de una cultura.

El diseño requiere del íntimo respeto de los materiales y de sus posibilidades; la comprensión depurada del uso a que estarán sujetos, y el ejercicio de una forma de libertad que descubre y revela relaciones inesperadas que le dan a la cosa elaborada al mismo tiempo su novedad y su inserción en la urdimbre de símbolos que hace a una cultura.

Desde esa realidad de tierra y libertad, de sujeción y de luz, resuena todavía entre nosotros la atrevida propuesta de Walter Gropius: "...No existe diferencia esencial alguna entre el artista y el artesano. El artista es una gradación del artesano. La gracia del cielo, en raros momentos de luz, situados más allá de su propio querer, hace florecer el arte de la obra que sale de su mano, sin que el artista lo sepa; y sin embargo la base, aquello que es adecuado a la obra es indispensable a todo artista....". Y si evoco las palabras de Gropius, se comprenderá que lo hago para recordar la fisonomía espiritual de Josef Albers a quien le tocó traer a nuestra tierra el espíritu del Bauhaus, y dar así comienzo en nuestra universidad a lo que habría de llegar a ser nuestra actividad de diseño, y finalmente nuestra Escuela de Diseño, organizadora de esta Segunda Bienal.

A través de los objetos diseñados queremos ofrecerles a todos los hombres lo propio de nuestro modo de ser y de sentir, como parte de un gran intercambio que ayude a la humanidad a ser mejor. Queremos que lo nuestro sea apreciado y amado, sea encontrado digno de otros hogares otros talleres y otras fábricas en otras latitudes; quisiéramos estar en mercados lejanos presentados por la verdad y belleza de nuestras obras, buscando imitar el ejemplo de esos pueblos que sin grandes recursos naturales, sin poderío bélico o comercial, imponen su presencia por la autenticidad y la originalidad.

Es por eso que pensamos que nuestro diseño debe penetrar todas las ramas de nuestra actividad productiva, para que la obra de nuestros artistas se deje interpelar por los usos que se inventan y por los materiales que se empleen. Y por lo mismo que pensamos que este diseño nuestro está destinado a una gran corriente universal, creemos que a él deben incorporarse las tecnologías que están cambiando el modo que tienen los hombres de pensar y conversar, y sabemos que nuestro diseño está llamado a escribir nuestras palabras en el lenguaje de hoy que hablan las computadoras. Lo veíamos no hace mucho al asistir a la premiación del libro "Brocha del siglo XXI", de pintura por computación que editó la Universidad Católica. Quisiéramos verlo repetido muchas veces porque ser auténticos no es ser localistas, sino enriquecer lo universal poniendo lo que es propio nuestro allí.

Es esta una manera particularmente feliz de hacer ese trabajo universitario que nos gusta, en el que lo más propio y genuino de la actividad intelectual y artística se une para el bien espiritual y material del hombre, al esfuerzo empresarial, al ingenio productivo, a la necesidad nacional. Por eso, junto con felicitar a todos los que han puesto tanto y tan arduo empeño en la preparación de la Bienal, quiero agradecer a sus auspiciadores, Maderas y Sintéticos Masisa, Morgan Impresores, Axis SA (Apple Chile y Aldus Co.), así como a este ilustre Museo que nos alberga y a la Dirección de Bibliotecas Archivos y Museos, y a quienes nos patrocinan, la Sociedad de Fomento Fabril, El Mercurio SAP y la Ilustre Municipalidad de Santiago. Creo que en acciones como esta, nos encontramos todos juntos construyendo el país.